

siquiera cuando se celebraba la fiesta del pueblo y sacaban a la Virgen por las calles.

La Virgen del Milagro era muy bella, mucho más que la hija del médico, de la que tanto hablaban. Por su padre subía que la Virgen era la Madre de todos, por ser Madre de Dios. Pero en cuanto la contempló por vez primera, deseó, más que nadie quizás, que ella fuera su madre y estuviera en su casa, y se moviera y le besara... Pero su padre volvió a decirle que, como Madre de todos, no podía pertenecer tan sólo a uno. Le aseguró también que cuando fuese mayor comprendería por qué la Virgen siendo Madre, resultaba diferente a las demás. El apenas entendió nada, ganándole la mano la tristeza.

Aquel día Rubén tuvo fiebre y enfermó.

Cuando subió su padre a visitarlo, le contó por qué creía estar enfermo. El necesitaba tener madre. No era mucho pedir. Su padre le miró largamente con su triste y eterna sonrisa, para hablarle después, durante horas, de otros grandes guerreros de los que nunca oyó hablar, como un señor muy temerario, llamado Don Quijote de la Mancha. Al terminar de escuchar, concluidos los relatos, creyó que iba a morir, porque su padre tenía lágrimas bajo los ojos. Luego se tranquilizó al escuchar al médico decir que lo suyo carecía de importancia: todo consecuencia del crecimiento y de la edad.

Aquella noche, sobre el lecho, Rubén miró el cristal de su ventana. Estaba cuajado de estrellas blancas, igual que siempre. Por eso ahora, también lloraba. Se levantó y juntó sus lágrimas al cristal, que resbalaron despacio, serenamente. Al cabo, pasó las manos por sus ojos y los limpió. Después, con el pañuelo extraído debajo de la almohada, frotó el cristal y se quedó quieto, mirando...

Esa noche tenía que encontrar estrellas negras, aunque fuese una, sólo una. Así, mañana, gozosamente, podría anunciar a su padre que se diera prisa en traer a su lejana madre, porque ya no hacía ninguna falta que siguiera buscando estrellas negras. ¡El había encontrado una para ella!...

Gabino IGLESIAS FLORES



GRIS

Gaviotas sobre el agua,
gris marea,
puestos los ojos fijos
en la niebla.

Mañanas de dulce ensueño,
gris el color de la tierra
al irse muriendo el sol
grises se tornan las piedras.

Pavimentos de las calles
grises están tus aceras
con las lluvias del otoño;
gris se ha vuelto la tormenta.

Mientras el invierno duerme
y el aire triste se acuesta,
grises se quedan las nubes,
gris el polvo, gris la arena.

María ROSA VICENTE